

## Política: teoría y praxis

José María Alsina Roca

A lo largo de la historia de la filosofía se formulan una serie de dicotomías conceptuales en torno a las cuales se vertebran distintos aspectos del pensamiento filosófico. Recordemos algunos de ellos: Lo uno y lo múltiple, acto y potencia, substancia y accidentes, espíritu y materia, lo singular y lo universal, nominal y real, y en el campo de la filosofía moral: individuo y sociedad, teoría y praxis, praxis y *poiesis* y muchos otros. Es evidente que la relación u oposición entre los distintos términos de cada uno de los pares tiene un sentido diverso, sin embargo, se puede afirmar que no son términos excluyentes, sino al contrario, para comprender la realidad tenemos que acudir a la utilización de ambos. Por otro lado determinadas posiciones filosóficas podrán ser definidas por la contraposición dialéctica excluyente de entre ambos términos o por la inversión de la primacía ontológica que le corresponde a uno de ellos. Afirmar la primacía de lo múltiple sobre lo uno, de la potencia sobre el acto, o la negación de la substancia, reduciendo la realidad a un conjunto de accidentes, constituyen el punto de partida de determinadas corrientes filosóficas, especialmente de la modernidad.

De igual modo, podríamos caracterizar las distintas concepciones de la realidad social a partir de la relación individuo-sociedad. A la afirmación de una primacía de lo individual que conlleve la reducción de “lo social” a un mero nombre y como consecuencia entender la sociedad únicamente como multiplicidad de individuos, se contraponen una concepción sustancialista de la sociedad diluyendo el individuo a una pura abstracción. De acuerdo con ello, Marx afirma que lo real es el conjunto de las relaciones productivas, mientras que el individuo es una abstracción. Para superar esta dialéctica desintegradora hay que afirmar con claridad la radical sociabilidad de la naturaleza del hombre como raíz de la vida social, constituida ésta

por un conjunto estructurado de relaciones sociales en orden a conseguir el bien común. Hay que reconocer que para poder realizar estas precisiones es necesario tener en cuenta los conceptos de naturaleza, relación, bien común, lo que ordinariamente no tiene presente la mayor parte de corrientes sociológicas actuales, consideradas como inadecuadas.

Hemos puesto estos ejemplos como marco introductorio desde el cual podemos pensar la relación entre teoría y praxis en el ámbito de la vida social. Para ello será oportuno hacer una breve incursión en los planteamientos de las ciencias sociales en la modernidad.

Durante las décadas de los sesenta y los setenta las concepciones marxistas y neomarxistas gozaron de una preeminencia casi absoluta en los ambientes universitarios de gran parte de Europa. La filosofía marxista parte de una concepción dialéctica y materialista de la realidad que tiene como fin la negación de cualquier tipo de trascendencia. La acción productiva dirigida a la satisfacción de las necesidades más elementales de carácter exclusivamente material constituye la perspectiva desde la cual se pretende explicar la totalidad del quehacer humano en su cotidianeidad y también la vida social en sus estructuras y en su devenir histórico. Esta concepción filosófica encuentra una dificultad radical cuando pretende convertirse en una guía para la acción política, por ello queda desplazada por una visión de la historia que se encamina necesariamente a la superación de las contradicciones, de las luchas sociales y cuyo resultado final es la generación de un nuevo hombre y de una nueva sociedad que de forma definitiva e irreversible realizaría todo los deseos más permanentes de la humanidad. Así lo podemos leer en las primeras líneas del Manifiesto Comunista cuando afirma que la historia de la humanidad ha sido “hasta nuestros días” la historia de lucha de clases. Hasta ahora, según Marx y Engels, hemos recorrido la prehistoria de la humanidad, después del triunfo de la acción revolucionaria comunista empezará la verdadera historia de la humanidad. Unirse a este proceso irreversible y triunfador mediante la acción revolucionaria es la manifestación de haber tomado conciencia de la realidad. En caso contrario, independiente de la situación social, pero de un modo especial si se pertenece objetivamente a la “clase proletaria”, habrá que calificar a los no “incorporados” de alienados. Lo podríamos decir de otro modo afirmando que mientras desde un punto de vista teórico se presenta el marxismo fundamentalmente como un antiteísmo, desde la perspectiva de la praxis revolucionaria es una deformación secularizadora e inmanentista de la es-

peranza cristiana, es un nuevo milenarismo secular. Por ello Toynbee y Bertrand Russell califican al marxismo de una herejía cristiana. En ambas perspectivas hay un elemento común esencial: la primacía de la praxis sobre la teoría. La acción productiva es considerada creadora de la realidad. El hombre ha llegado a alcanzar su condición propiamente humana como consecuencia de un proceso evolutivo en el cual ha tenido un papel determinante la acción productiva. Engels en su libro: *El origen de la familia, la propiedad y el Estado*, señala que la acción productiva realizada manualmente para satisfacer sus necesidades vitales es causante de su hominización. Desde un punto de vista práctico, la marcha irreversible de la historia exige la acción revolucionaria para que pueda llegar a su consumación.

Esta primacía de la praxis también está presente en el pensamiento de Rousseau cuando señala que el hombre originalmente, antes de vivir en sociedad, no se diferenciaba esencialmente del resto de los animales, sus únicas preocupaciones eran “dormir, comer y yacer con una hembra”, sin tener conciencia de su condición personal y mortal. Cuando la satisfacción de estas necesidades exigirá un mayor esfuerzo productivo se verá empujado a la vida social y con ello tendrá la posibilidad de una conducta racional, por tanto, el pensamiento es originado por la acción (*Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*).

Augusto Comte, considerado como el fundador de una sociología ligada a una filosofía de la historia de carácter determinista, considera el conocimiento positivo como fruto de una ley evolutiva de carácter universal. Este es el contenido esencial de la ley de los tres estados, pero en su intento de orientar una acción política fundada en esta nueva ciencia se enfrenta de forma ineludible con una situación paradójica. Rechaza la noción de progreso por ser una idea “metafísica” no “positiva” y sin embargo .dado que solo los hombres de ciencia se podrán apasionar por una concepción de la historia de carácter determinista, se deberá presentar el futuro de la historia como un progreso para que genere el entusiasmo que exige la acción política. A pesar de las contradicciones manifiestas reconoce el papel directivo de la acción, que se traduce en términos de religión positiva en la formulación de sus postulados teóricos (*Primeros ensayos*).

Frente a las distintas concepciones marxistas y positivistas surgieron voces críticas que postulaban una sociología, como nueva ciencia política, fundada en una visión exclusivamente empírica de la realidad social. La especulación filosófica quedaba excluida en la consideración de lo social. En

este contexto comenta con asombro y cierta indignación Ortega y Gasset que preocupado por comprender la naturaleza de lo social, acudió a los sociólogos, como los teóricos expertos en la materia, y se encontró sorprendentemente con la absoluta ausencia de respuesta. A los sociólogos no les preocupaba lo que era la sociedad, la pretendían describir pero no se cuestionaban cual era su naturaleza. Era un tema que no interesaba (*El hombre y la gente*).

Otra corriente de pensamiento en el campo de la filosofía moral que ha tenido una gran influencia en el campo de la política y de la educación es el pragmatismo de William James y John Dewey. Desde el pragmatismo el valor de la verdad dependen sustancialmente de sus consecuencias prácticas. La verdad del conocimiento queda subordinada a los resultados de la acción. El conocimiento, según estos autores, es en sí mismo algo práctico y en la medida que lo es, es verdadero. De ahí resulta que la verdad del conocimiento se mide en función de su aptitud para perfeccionar la realidad, aunque más que perfeccionar habría que decir, para no entrar en manifiesta contradicción, para conseguir los objetivos que nos hemos propuesto. La idea de la perfección supone la idea del bien, que en cuanto idea es algo que no tiene consistencia real. La utilidad es el criterio de la verdad. Un conocimiento no es bueno y útil por ser verdadero, sino al contrario desde su utilidad afirmamos su bondad y su verdad. El pragmatismo filosófico es una de las raíces, más importantes del relativismo actual. Hoy en muchos ambientes culturales se ha sustituido la dictadura del proletariado por la dictadura del relativismo tantas veces denunciada por el Papa Benedicto XVI y recordada por el Papa Francisco: “Hay otra pobreza. Es la pobreza espiritual de nuestros días, que afecta gravemente también a los países considerados más ricos. Es lo que mi predecesor el querido Papa Benedicto XVI, llama la ‘la dictadura del relativismo’ que deja a cada uno como medida de si mismo y pone en peligro la convivencia de los hombres” (*Discurso al cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede*, 22 de marzo de 2013).

El sociólogo francés Alain Touraine en su libro *¿Qué es la democracia?* reivindicando las ventajas de la democracia consideraba que su principal y más benéfica característica es que el gobierno democrático tiene como principio de sus decisiones la voluntad mayoritaria, es decir un fundamento cuantitativo que puede llegar a ser mínimo -la mitad más uno- y por tanto fácilmente cambiante. “La mayoría, instrumento de la

democracia no representa más que la mitad más uno de los electores, que se modifica, por tanto, constantemente” (1994, p. 66) “La democracia consiste en dar la última palabra a la mayoría, por definición cambiante, para elegir una combinación -siempre modificable- de principios opuestos” (p. 403). No hay nada que puede ser considerado permanente y verdadero. Se presenta esta negación como una liberación acusando de dogmatismo e intolerancia cualquier pretensión de verdad que afecte a la vida social. Desde este relativismo unido al desplazamiento de lo útil en el ámbito de los fines, lo económico se erige finalmente como criterio orientador de la acción más eficaz. Así queda desposeída la acción política de cualquier connotación ética, aunque la retórica política no tendrá más remedio que utilizar el lenguaje moral para promover la acción y justificar, en su caso, la indignación.

Actualmente nos encontramos en un mundo en el que el comunismo ha sido derrotado y debido a ello no tiene apenas ninguna presencia teórica la consideración del marxismo como propuesta para la realización utópica de una sociedad perfecta. Pero de él ha permanecido algo más intrínseco aunque no radicalmente diferente de la ideología que pretendía rebatir. La primacía de la acción productiva tanto en los países de economía liberal, con gobiernos neoliberales o socialdemócratas, como en aquellos que, como China, aún viven bajo un régimen teóricamente comunista, es patente. Los resultados de la actividad económica, valorados de diversos modos, pero de un modo preferente por criterios cuantitativos constituyen la última referencia moral y por tanto esta actividad ocupa el lugar de la teoría directiva de la acción.

Aunque no vamos a entrar en detalle de las contradicciones y aberraciones que suponen estos planteamientos, sí queremos subrayar una de ellas que consideramos esencial. La insistencia en la primacía de la praxis no deja de ser, a pesar de sus palabras, una teoría alejada de los hechos. Aristóteles, en varias ocasiones, al analizar algunas retóricas políticas y morales que considera erróneas, las califica con cierta ironía, de no ser más que razonamientos alejados de la realidad, con el supuesto de que los mismos hechos ya demostrarán la falsedad de tales razonamientos.

Pretender que la realidad productiva rige y explica la vida humana no es más que la formulación de una ideología que falsifica la realidad y además manifiesta su incapacidad para reconducirla hacia aquello que deseamos. ¡Cuántos diagnósticos sobre la realidad económica y política, refutados

por los hechos! ¡Cuánta incapacidad para prever los resultados a pesar de la sofisticación de los modelos económicos utilizados! De igual modo que podemos afirmar el carácter ideológico de la primacía de la praxis revolucionaria, también hay que reconocer la falta de realismo de las teorías utilitaristas y pragmáticas, cuando señala lo útil o lo eficaz como el fin último de la conducta humana. Los hechos cotidianos nos lo desmienten continuamente, el mundo de la publicidad nos da numerosos ejemplos de ello. Se apela frecuentemente a motivos muy alejados de lo meramente útil para convencer al consumidor de comprar determinado producto.

Una vez analizada algunas de las consecuencias desintegradoras de la dialéctica de oposición entre teoría y praxis, priorizando enfáticamente esta última sobre la primera, veamos a continuación cómo es posible plantear correctamente esta relación. Para ello seguiremos el pensamiento de santo Tomás desarrollado principalmente en sus comentarios a la ética y a la política de Aristóteles, contrastándolo con algunas propuestas de signo diverso. Lo exponemos sintéticamente en los siguientes puntos.

Primero: La actividad política es una praxis que exige una dirección teórica, no se puede reducir la acción política a un pragmatismo posibilista. Según santo Tomás: “La ciudad tiene que estar sometida al juicio de la razón” porque la ciudad está ordenada al bien del hombre y solo conociendo cual es la naturaleza y el fin de la vida humana podremos determinar cómo debe ser ordenada la sociedad. Es necesaria una teoría para dirigir la acción y esta teoría tiene que fundamentarse en una verdad que el hombre puede conocer. Esta verdad está inscrita en la naturaleza humana. Cuando se desconocen estos principios verdaderos las consecuencias de orden teórico y práctico revelan la importancia de tal desconocimiento. Un ejemplo de ello lo podemos encontrar en uno de los sociólogos de mayor relevancia intelectual. Según el sociólogo alemán Max Weber no es posible fundamentar racionalmente los fines de la acción política, son el resultado únicamente de una decisión de la voluntad colectiva o individual, que se determina de acuerdo con unos valores éticos o religiosos ajenos a la racionalidad. Sin embargo, hay que racionalizar la acción política, las nuevas ciencias sociales están al servicio de este objetivo. En este caso se trata de una racionalidad instrumental, es decir encontrar los medios más adecuados para la consecución de los fines propuestos valorando todas las consecuencias de esta toma de decisión. El resultado final es una racionalidad al servicio de unos fines irracionales. Según estos presupuestos entendemos el sentido de la fra-

se del sociólogo: “al final no hay otra salida, cada uno sirve a sus dioses o demonios” (*El político y el científico*).

Segundo: La ciencia política -en el sentido aristotélico- como todas las ciencias prácticas es un conocimiento que tiene fin no el conocimiento sino en la acción, es una teoría ordenada a una praxis con fundamento racional. La política no es mera retórica, ni un compendio de máximas que facilitan de forma exitosa el ejercicio del poder. La acción política es propiamente deliberación y especialmente decisión. Por ello se aplica también a la acción política lo que santo Tomás indica para la virtud de la prudencia. En la deliberación hay que dedicar todo el tiempo necesario para poder valorar convenientemente los diversos aspectos de la realidad y las consecuencias que se pueden derivar de una determinada acción, mientras que la toma de decisión, el acto imperativo de la prudencia, exige una especial diligencia, no sea que la demora dé lugar a un cambio de circunstancias que invaliden la anterior deliberación.

Tercero: Tiene una importancia decisiva subrayar la diferencia aristotélica entre poiesis y praxis. La acción política en cuanto praxis, no tiene como principal referencia la eficacia o el éxito, sino el bien humano, es decir, la dimensión moral de la acción. Praxis y poiesis están entrelazadas en la acción humana, pero solo es propiamente actividad política aquella que viene finalmente caracterizada como praxis. Lo que pueda haber de poiesis en la actividad política es simplemente instrumental, nunca es el verdadero carácter de la acción. Por ejemplo, un plan de urbanismo requiere de unos conocimientos técnicos sin los cuales no se puede llevar a cabo, sin embargo, solo cuando en la elaboración de este plan se ha considerado lo que aporta al bien de la comunidad se puede calificar de acción política. El profesor Francisco Canals comenta: “praxis y poiesis se entrecruzan constitutivamente, pero para el pensamiento helénico se mantenía la distinción de una y otra que en cuanto tales son irreductibles [...] lo que en lenguaje ordinario llamamos a un hombre práctico, sería llamado correctamente con esta terminología griega un hombre hábil o capacitado en el plano poiético y técnico. La perfección del hombre práctico se entiende desde aquella terminología griega como definido por la virtud de la prudencia y de las virtudes morales”.

“Para una praxis no normada en si misma [prosigue Canals] por la ley natural y en cuanto autárquica e incondicionada carece de sentido la distinción entre rectitud moral y eficiencia técnica. Si el antropocentrismo radi-

cal de la primacía de la praxis reduce lo teórico al constituirse la acción en algo absoluto, con ello sucumbe la praxis misma y la moralidad que quedan identificadas con el poder activo y eficiente de la razón. Lo que quiere ser libertad suprema viene a ser sumisión del hombre a una actividad transformada en control tecnológico y planificado al servicio de su utilización como instrumento de procesos de producción y consumo” (Teoría y praxis en la perspectiva de la dignidad personal, *Espíritu* XXV, 74, 121-128).

Cuarto: La ciencia política ocupa un lugar preeminente entre las ciencias prácticas, porque trata del bien humano de mayor entidad, es decir, del bien común. Dado que el bien común viene determinado por lo que es el fin común de los miembros de la comunidad, tendrá, por tanto, mayor universalidad. No se puede confundir ni con el interés de la mayoría, despreciativo de las singularidades de las minorías y mucho menos con un bien de un “todo” del que no participan sus miembros. El bien común todos lo desean como bien propio aunque no como bien particular y privativo.

Quinto: Esta preeminencia de la ciencia política no es contraria a la primacía de la actividad teórica o contemplativa, del mismo modo que la prudencia no es la primera de las virtudes sino que debe ser gobernada por la sabiduría. Aristóteles hace notar de forma altamente significativa que si no hubiera nada que trascendiera a lo humano, la prudencia ocuparía el primer lugar. La subordinación de la política a aquello que le trasciende es la garantía de no quedar reducida a una mera adaptación a las circunstancias -posibilismo, mal menor- o a la voluntad fáustica del poder. Expresiones como “todo es política” o “politique avant tout” además de ser presupuestos negadoras de la libertad personal, solo tienen sentido si se niega al mismo tiempo todo aquello que trasciende al hombre. Es propio de una posición inmanentista y determinista afirmar la absoluta preeminencia de la vida social. Este es el punto de partida de los diversos “sociologismos” que conciben lo social como constitutivo de lo humano. Según E. Durkheim, uno de los autores que se pueden considerar fundadores de la sociología, creador de la primera cátedra universitaria en Francia de esta materia, el hombre no está constituido por espíritu y materia sino por biología y sociedad. Lo biológico sería lo equiparable a la materia mientras que lo espiritual es lo social. La sociedad es la que humaniza al individuo, el hombre adquiere sus facultades propiamente humanas mediante las relaciones sociales. Esto exige una absoluta dependencia del hombre con respecto a la sociedad, a



ella debe todo lo máspreciado. La religión no es más que la sublimación de aquello que realmente lo trasciende, es decir, de la sociedad. Por esto se podrá afirmar, de forma equívoca, que la religión representa lo más importante de la vida social. Llegamos finalmente a la siguiente conclusión, según Durkheim: todas las religiones son igualmente importantes, porque todas reflejan la vida social que configura la vida humana. De ello se puede concluir que todas las religiones inmanentistas son igualmente verdaderas o lo que es lo mismo todas son igualmente falsas (*Las formas elementales de la vida religiosa*).

Sexto: Esta relación entre teoría y praxis tiene su particularidad en el transcurso de la historia. Al contrario de lo que sucede en otros ámbitos de la vida humana ha sido frecuente, por no decir normal, el distanciamiento fáctico entre ambas. Los políticos han reducido su actividad a un mero pragmatismo o a la defensa de intereses personales o colectivos, sin la referencia a unos principios racionales fundados en la consideración de la naturaleza de la vida política. En otros casos, se ha pretendido legitimar la acción política en una ideología totalmente alejada de la realidad. Por su lado la ciencia política ha alternado planteamientos ideológicos con análisis meramente descriptivos de carácter más o menos empírico. Escasean los planteamientos realmente teóricos, y aun más los que pretenden fundar la praxis en una verdadera sabiduría.

En el campo de la acción política hay además una aporía muy singular, las exigencias para llegar a ser un buen político son las mismas que en otras muchas actividades, conocimientos y experiencia. Solo gracias a la experiencia es posible juzgar adecuadamente acerca de lo que puede ser oportuno en un momento y circunstancias determinadas. Recordemos que la virtud prudencia es para Aristóteles fundamental para el ejercicio de la actividad política. Sin embargo, en la vida política ordinariamente los que tienen experiencia no se han dedicado a cultivar la ciencia política, mientras que los que poseen la preparación teórica adecuada carecen de experiencia política. En otras actividades como, por ejemplo, la medicina nadie confiaría en un médico que solo hubiese conocido las enfermedades y sus tratamientos respectivos a través de los libros y nunca hubiera visto un enfermo. Tampoco se consideraría adecuado al que careciera de preparación científica, lo que le reduciría a lo que vulgarmente llamamos “un curandero”. El buen médico es el que teniendo una buena preparación científica ha podido contrastarla posteriormente con la experiencia obtenida con el trato con los enfermos.

En la política esta doble exigencia difícilmente se ha cumplido, por ello Aristóteles termina su *Ética a Nicómaco* anunciando el próximo tratado sobre la política: “A fin de completar, en lo posible, la filosofía de las cosas humanas”. En este tratado estudiará como las ciudades se han ordenando mediante sus leyes y costumbres, cómo se conservan y destruyen los gobiernos de las ciudades y en qué consiste el buen gobierno de la ciudad. “Después de haber investigado estas cosas tal vez estemos en mejores condiciones para percibir qué forma de gobierno es mejor y cómo ha de ser ordenada cada una y qué leyes y costumbres ha de usar”.- Con estas consideraciones de carácter práctico dirigidas a fundamentar la actividad política Aristóteles da por terminado su principal tratado de ética.

Termino con unas consideraciones generales sobre teoría y praxis. En primer lugar quiero citar como homenaje a mi maestro Francisco Canals, las palabras finales de su conferencia: “Teoría y praxis en la perspectiva de la dignidad del ser personal”, pronunciada en el congreso que con el tema “Teoría y praxis” se celebró en 1976, y que tuvo como sedes Génova y Barcelona, siendo la Balmesiana la institución que lo acogió en sus locales, también es de recordar que en el curso de este congreso se fundó la SITA gracias al patrocinio del entonces arzobispo de Cracovia cardenal Karol Wojtyła.

“Frente a las escisiones entre la teoría y la praxis y frente a la autosuficiencia inhumana de una acción ciega para el bien y despiadada en su ignorancia del amor, nos urge comprender un aspecto fundamental de la filosofía cristiana. Sólo en el conocimiento del bien adquiere su culminación sapiencial lo teórico, sólo en la mutua inclusión del entendimiento que conoce lo bueno y la voluntad que lo ama se ejerce plenamente el acto por el que se define la nobleza suprema del entendimiento; sólo la criatura racional, la persona creada a imagen de Dios puede ser amada por cuanto sólo ella en el Universo creado dice razón de bien y de fin propio y plenamente, toda ciencia y toda filosofía desconectada de la contemplación entendida como comunicación de vida personal sería vacía y si valor perfectivo del hombre. [...] Toda ley viene, afirma santo Tomás, a constituir la amistad de los hombres entre sí o de los hombres con Dios como fin último. El fin de la ley es el amor. El amor, en su exigencia incondicionada, pone en marcha toda praxis y la rige y ordena. El amor no cae, de suyo en cuanto tal, en el contenido elegible y prudencial de la praxis humana, antes la trasciende y sostiene -la caridad teologal no está bajo sino sobre la

prudencia infusa o sobrenatural- a la vez que es como el núcleo y el corazón de lo contemplativo y teorético.

La primacía final de la contemplación, que es compatible y que exige el conocimiento de una primacía dinámica de la acción del hombre viador, la no escisión ni antítesis entre lo teorético y lo práctico se comprenden sólo si no se ignora la implantación del amor en el orden de lo contemplativo, de lo que deriva la exigencia y el imperio del amor sobre la praxis. Si no comprendemos el supremo acto contemplativo como comunicación de vida y la inserción del amor en la contemplación como felicidad del hombre, no habremos comprendido tampoco lo que la sabiduría humana y cristiana, “No se entra en la verdad sino por la caridad. “ El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor”

Estas precisiones sobre cómo debe de entenderse la primacía de la contemplación en la vida cristiana pueden completarse con el comentario de San Agustín sobre las figuras de Marta y María. Sin pretender disminuir la afirmación de Jesús: “María ha escogido la mejor parte” y con el propósito de reafirmarla en su comprensión adecuada, señala San Agustín que “en estas dos mujeres están figuradas dos vidas, la presente y la futura; una laboriosa y otra descansada; una calamitosa y otra dichosa; una temporal y otra eterna. Dos son las vidas que os he descrito con la brevedad que he podido: ahora vosotros reflexionad sin prisas sobre ellas. En cuanto os sea posible, examinad lo que tiene esta vida —no hablo de una vida mala, depravada, criminal, derrochadora, impía, sino de una trabajosa, llena de sinsabores, castigada por temores, agitada por tentaciones; me refiero a esa vida de inocencia que llevaba Marta—, y, como he dicho, reflexionad sobre ella más detenidamente. Una vida depravada estaba lejos de aquella casa; no se hallaba ni en Marta ni en María y, si alguna vez existió, se ahuyentó con la llegada del Señor. En la casa que había acogido al Señor quedaron, pues, dos vidas representadas en las dos mujeres: ambas inocentes, ambas dignas de alabanza; una trabajosa, otra holgada, ninguna dañina, ninguna perezosa. Repito: ambas inocentes, ambas dignas de encomio; sin embargo, como indiqué, una trabajosa y otra holgada. Ninguna dañina —de lo que ha de guardarse la trabajosa—, ninguna perezosa —de lo que ha de precaverse la holgada—. Por tanto, en aquella casa coexistían estas dos vidas y la fuente misma de la vida. Marta era imagen de las realidades presentes; María de las futuras. Lo que hacía Marta: ahí estamos nosotros; lo que hacía María: eso esperamos. Hagamos bien ahora lo primero, para conseguir en plenitud lo

segundo. Pero, mientras estamos aquí, ¿qué tenemos de allí, en qué medida lo tenemos? ¿Cuánto es lo que tenemos de allí? En efecto, también ahora hacemos algo propio de allí” (Sermón 104).

En parecidos términos Teresa de Jesús la santa contemplativa por excelencia comenta también este pasaje evangélico, subrayando la necesidad de ambas, su relación y su jerarquía: “Santa era santa Marta, aunque no dicen que fuera contemplativa. Pues ¿qué más queréis que poder llegar a ser como esta bienaventurada, que mereció tener a Cristo nuestro Señor tantas veces en su casa y darle de comer y servirle y comer a su mesa? Si se estuviera como la Magdalena, embebida, no hubiera quien diera de comer a este divino Huésped. Pues pensad que es esta congregación la casa de santa Marta y que ha de haber de todo. Y las que fueren llevadas por la vida activa, no murmuren a las que mucho se embebieren en la contemplación, pues saben ha de tornar el Señor de ellas, aunque callen, que, por la mayor parte, hace descuidar de sí y de todo.

“Esto quiero yo, mis hermanas, que procuremos alcanzar, y no para gozar, sino para tener estas fuerzas para servir, deseemos y nos ocupemos en la oración. No queramos ir por camino no andado, que nos perderemos al mejor tiempo; y sería bien nuevo pensar tener estas mercedes de Dios por otro que el que Él fue y han ido todos sus santos; no nos pase por pensamiento; creedme, que Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor y tenerle siempre consigo, y no le hacer mal hospedaje no le dando de comer

¿Cómo se lo diera María, sentada siempre a sus pies, si su hermana no le ayudara? Su manjar es que de todas las maneras que pudiéremos lleguemos almas para que se salven y siempre le alaben.

Decirme heis dos cosas: la una, que dijo que María había escogido la mejor parte Y es que ya había hecho el oficio de Marta, regalando al Señor en lavarle los pies y limpiarlos con sus cabellos y ¿pensáis que le sería poca mortificación a una señora como ella era, irse por esas calles, y por ventura sola, porque no llevaba hervor para entender cómo iba, y entrar adonde nunca había entrado, y después sufrir la murmuración del fariseo y otras muy muchas que debía sufrir? Porque ver en el pueblo una mujer como ella hacer tanta mudanza, y como sabemos, entre tan mala gente, que bastaba ver que tenía amistad con el Señor, a quien ellos tenían tan aborrecido, para traer a la memoria la vida que había hecho, y que se quería ahora hacer santa, porque está claro que luego mudaría vestido y todo lo demás; pues

ahora se dice a personas, que no son tan nombradas, ¿qué sería entonces? Yo os digo, hermanas, que venía `la mejor parte` sobre hartos trabajos y mortificación, que aunque no fuera sino ver a su Maestro tan aborrecido, era intolerable trabajo” (*Las Moradas*, VII, 4).

José María Alsina Roca  
*Instituto Santo Tomás*  
josemariaalsinaroca@gmail.com